
El Museo Egipcio de El Cairo. Sus antecedenentes, su presente y su futuro

Tuvo que ser en Alejandría, joya del Mediterráneo Oriental, centro de cultura y civilización, donde se crease el «Museion», lugar donde, bajo el patrocinio de las musas, se reunían los filósofos y sabios alejandrinos para consultar los papiros que allí se guardaban y exponer sus conocimientos al público.

Desde entonces (siglo III a. de C.), hasta la creación de las primeras instituciones museísticas en Egipto, que desembocarían en la creación del actual Museo egipcio de El Cairo, se produjo un gran lapso de tiempo que alcanza hasta el primer tercio del siglo XIX.

De cualquier manera, a pretender elaborar un examen exhaustivo de la evolución de lo que hoy supone el citado Museo, resulta poco menos que una tarea imposible, en función del corto espacio que se puede dedicar a tal efecto. Dicha institución supone por otra parte, una historia repleta de numerosos problemas, consecuencia de los intereses gubernamentales, la apatía cultural, y la consideración de las colecciones en él depositadas como patrimonio particular de los sucesivos Jefes de Estado quienes regalaban piezas arqueológicas como muestra de amistad y cortesía a cualquier visitante de altura que pasaba por El Cairo.

En la actualidad, el museo consta de un total de cien mil piezas expuestas y un sinnúmero de ellas albergadas en los numerosos almacenes situados en los sótanos. La mayoría forman un conjunto de objetos funerarios, ya que para los antiguos egipcios sólo los útiles o edificios que pudieran tener algún servicio después de la muerte merecían ser construidos con materiales imperecederos. De esta manera podremos darnos cuenta, de que nuestros conocimientos sobre esta civilización viva, provienen de lo que nos ha entregado su mundo funerario.

De cualquier modo, esta institución por sus propios méritos, es merecedora de competir con los más afamados museos mundiales, pues constituye la primera y más importante colección de su género. Si a alguien tenemos que agradecer la creación de este museo, esa persona fue el francés Mariette, quien empleó su esfuerzo y su vida en un único fin: la conservación de los monumentos y restos del Egipto Faraónico.

La historia comienza en 1830, cuando el también francés, Champollión, indignado con los saqueos de que es víctima el conjunto arqueológico egipcio, eleva un memorial al Virrey Mohamed Ali con el objeto de solicitar la creación de un servicio local de tutela y conservación de antigüedades que impida la exportación de dichos objetos a otros países. Dicha petición jamás se atendió. Fue con motivo de un incidente diplomático cuando el Bajá tomó conciencia de que la situación era realmente alarmante. La salida de Egipto de valiosos objetos para coleccionistas privados, llevada a cabo por miembros de las distintas representaciones diplomáticas presentes en el país, alcanzó niveles peligrosos, lo que obligó a tomar medidas mucho más drásticas.

En 1834 se crea el Servicio de Antigüedades, concediendo su dirección al Superintendente Yusef Zia Effedi, el cual, al año siguiente, no duda en emprender una inspección en todo el país con fin de recoger piezas que constituirán el primer Museo de Arte Faraónico. Con él partiría Linant Bey, encargado de realizar un extenso inventario de asentamientos, catalogando y recopilando piezas, para evitar de este modo que, en lo posible, fueran a parar a manos inexpertas.

Con todo el material recogido se funda el primer museo a orillas del lago Ezbekieh, un lugar modesto (un ala de la escuela local). Bajo la tutela del Ministro de Educación Cheikh Rifaa, éste envía a sus ayudantes quienes recorren el país por cuenta propia en busca de nuevas piezas.

Pese a la buena voluntad de sus fundadores, el museo no se enriquece, las piezas van desapareciendo en manos del gobierno, que

las ofrece como regalos diplomáticos a dignatarios de otros países, o bien, quedan perdidas en el trayecto, fruto del mercado negro de antigüedades.

Las pocas piezas que tuvieron la suerte de permanecer en el país fueron trasladadas a otro lugar y en mejores condiciones. Esta vez el Museo se ubicaría en las cercanías de la Ciudadela. Sin conservador titular y sin, siquiera vigilantes de plantilla, la colección residió en una pequeña sala.

El 17 de octubre de 1850, Auguste Ferdinand Mariette, llega a Egipto con la intención de adquirir por cuenta del Museo de Louvre algunos manuscritos Coptos.

La contemplación de las pirámides al atardecer desde la Ciudadela le decide a permanecer en el país y a consagrar su vida al estudio de esa antigua y enigmática civilización cuyos restos se muestran ante su vista. Se abastece del material necesario e inmediatamente comienza a realizar excavaciones por su cuenta en la necrópolis de Sakara. La necesidad de almacenar sus hallazgos, hará necesario ampliar las pequeñas dependencias del Museo. Cinco años más tarde, el Archiduque Maximiliano de Austria visita Egipto. A su salida del país lleva consigo prácticamente todo el contenido que guardaban las dependencias del museo, en concepto de reglo que el Pasha Abbas Hilmi le hizo, en muestra de amistad y consideración hacia el alto personaje y su pueblo.

Indignado ante tal atrocidad, Mariette hace llegar sus más enérgicas quejas a Napoleón III, amante de las antigüedades quien haciéndose eco de dichas protestas, manda una carta personal al Virrey Said, en la que recomienda de manera habil pero enérgica que le fuera confiado a Mariette el cargo de Director del entonces Museo de Arte Faraónico.

En 1856, y gracias a la intercesión de Leseps, (constructor del Canal de Suez), es de nuevo recomendado para este puesto. Mariette, aprovecha la ocasión para hacerle saber personalmente al Jedive Said su intención de solicitar los permisos necesarios para

crear una organización competente y profesionalizada que se encargue de la conservación de los monumentos egipcios y, en consecuencia, de buscar el lugar idóneo donde se construya un nuevo Museo que albergue los objetos, frutos de excavaciones, que se encuentren en mayor peligro.

El 5 de julio de 1858, Mariette es nombrado Director de los Trabajos Arqueológicos. Dicho cargo no directamente relacionado con el Museo, le otorgaba una autonomía muy amplia para actuar hacia dicho fin: la creación de un Museo que debería reunir todas las condiciones y requisitos de la museología del momento. En dicho momento, surge la necesidad de combatir uno de los más serios abusos que amenazan la supervivencia de la Institución recién creada. Se trata de luchar contra los intereses de las influyentes potencias europeas, concretamente Francia e Inglaterra, quienes a través de sus presiones políticas y económicas sobre Egipto, tratan de expoliar el patrimonio arqueológico del país. Amparados en una débil legislación en materia de antigüedades, sacan de Egipto una enorme cantidad de piezas de alto valor histórico y artístico. Esta intención se ve frenada por las instancias gubernamentales egipcias, acostumbradas a disponer de los restos arqueológicos como de algo propio.

Con ayuda del Cónsul General francés, obtiene Mariette una subvención y una casa en un barrio periférico del Carrio, llamado Bulak, donde se trasladaría, junto con su familia, y solicitará se le autorizase a abrir un nuevo museo. Inmediatamente inicia de nuevo excavaciones, pero esta vez de modo organizado y con la ayuda de personal de su confianza. De este modo 35 yacimientos de primera importancia (entre los cuales se encuentran Tanis, Sakara, Abidos), comienzan a proporcionar una colección interminable de objetos. La siguiente tarea, el acondicionamiento de unas antiguas oficinas próximas a la casa de Mariette, que le fueron cedidas a una antigua compañía de transportes fluviales, completaría la labor de este importante pionero, creándose de este modo el nuevo museo.

Como se decía, el futuro de los hallazgos realizados en las excavaciones, constituye la base de las colecciones de Bulak. Ello ha inducido a considerar a este Museo como el precedente más directo del actual Museo de El Cairo, puesto que dichas colecciones serían las que básicamente iniciarían la enorme cantidad de objetos, hoy recogidos en este último. De hecho, la exposición en el Museo de Bulak, se limitaba a cuatro salas, mientras que el resto de los objetos quedaban almacenados en otras dependencias.

Vista la labor de Mariette, Said empieza a sensibilizarse ante el problema, y comienza a estudiar la posibilidad de construir un grandioso Museo autóctono. Mientras se estudia cuál sería el lugar más idóneo para su ubicación, y el modo de recuperar importantes piezas para su posterior exposición, el Virrey fallece en el transcurso de 1863. Su sucesor, Ismael, menos interesado en la creación del museo, objeto que sería oportuno se incluyesen en dicho Museo las antigüedades Coptas y Arabes. Superados todos estos inconvenientes, el 18 de octubre de 1863, se consigue inaugurar un anexo al antiguo museo de Bulak que, con un pequeño jardín, permitiría exhibir algunas esculturas que, dado su gran tamaño, no podían estar en el interior del edificio.

Ayudado por un grupo de amigos, entre los que se encuentra Bonnafoy, en 1878 se funda el nuevo Servicio de Antigüedades (en realidad el antiguo Servicio de Instalaciones remozado).

Dicho servicio con decidido apoyo gubernamental, se encargó fundamentalmente de perseguir el tráfico clandestino de antigüedades, para lo que contaba con un superior presupuesto y una actividad más eficaz y organizada.

Pronto el Museo de Bulak, resultó insuficiente para albergar las numerosas piezas que, sin cesar, iban llegando a sus dependencias. Desde 1873 se consideraba la idea de construir un nuevo Museo en otro lugar más seguro, al abrigo de las inundaciones anuales del Nilo. De hecho, en 1878 en una crecida extraordinariamente fuerte, el edificio de

Bulak se ve seriamente dañado, lo que confirmaba los temores de Mariette. Dos años más tarde, el 18 de enero de 1881, Mariette fallece en El Cairo sin haber visto cumplido su objetivo. Su cuerpo sería enterrado en los jardines del Museo de Guizé y después trasladado al actual Museo del Cairo, donde hoy reposa bajo la lápida que dice: «A Mariette, Egipto reconocido». Su cuerpo se encuentra en el interior de un sarcófago faraónico, donado por el Museo de Louvre para tan eximio personaje.

Sus sucesores, entre los que destacan Maspero (1881), Grébaut (1886), Jacques de Morgan (1892), Loret (1897), de nuevo Maspero (1899), Lacau (1914), y Driotón (1936), por citar algunos de los pioneros que ocuparon la dirección del Servicio, continuaron su obra.

Con motivo de fomentar las excavaciones bajo una nueva legislación que podría parecer dictatorial y extremada, para países que están acostumbrados a llevarse de Egipto lo que les parece oportuno, se acuerda bajo la dirección de Maspero, único hombre que toma la dirección dos veces, repartir los objetos fruto de las labores arqueológicas de las distintas misiones, entre los excavadores y el museo.

Por primera vez en la historia de Egipto, se convoca un concurso internacional, donde arquitectos afamados presentan sus proyectos. Marcel Dourgnon resulta vencedor, aunque no será él el que dirija la construcción de el nuevo emplazamiento: el lado norte de la plaza de El-Tahir o lo que es lo mismo, la Plaza de la Liberación, el corazón de El Cairo.

El resultado de este proyecto es un edificio de inspiración grecoromana que queda concluido bajo el mandato de Maspero en 1902.

Veintinueve años más tarde, el gobierno egipcio acuerda retirar algunas de las momias que descansan en el museo, para situarlas en un mausoleo que inicialmente estaba dedicado al líder musulmán Saad Zaghlul.

Los cuerpos de los antiguos reyes y reinas suponían un estorbo; a su parecer no podían catalogarse como piezas arqueológicas ni como verdaderas antigüedades. Aquéllos que eligieron un inviolable lugar de descanso en tiempos remotos, eran trasladados como objetos despreciando el profundo sentir religioso de unos hombres que veneraban los cuerpos como medio para mantener su alma inmortal.

Sin una razón aparente, retornan al museo, siendo expuestas en un principio en la sala n.º 54 sólo a especialistas y más tarde al público en general. De forma morbosa se convierten en la atracción principal de todo turista, hasta que en el mes de octubre de 1980 y por orden de el presidente egipcio Sadat, la sala vuelve a cerrarse, permitiendo sólo la entrada a cualificados estudiosos que garantizan la seriedad de su visita, prohibiendo de forma tajante la realización de fotografías. Se especula acerca de cuál es el lugar idóneo para el descanso de estos cuerpos, barajándose la posibilidad de que vuelvan a enterrarse en uno de los hipogeos del Valle de los Reyes o se alojen en el primitivo mausoleo del líder musulmán. Finalmente, y con motivo de la realización de los nuevos programas de renovación y acondicionamiento de los museos, se encuentra la fórmula para que estas momias vuelvan a ser visitadas por el público y expuestas, en lo posible, de una manera digna y respetuosa en el nuevo museo que aún está en construcción.

Tras la dirección de Driotón, en 1947 se acuerda que las antigüedades Coptas e Islámicas, que por sí solas suponen una importante colección, se agrupan en otro lugar independientemente y cuenten con arqueólogos y conservadores especializados, separando estas dos culturas cercanas pero diferentes, y dándoles de este modo a cada una de ellas la importancia que requieren. Así queda constituido el museo Copto, situado en la parte denominada «viejo Cairo», a 4,5 km. al Sur de la plaza de El-Tahrir.

Las piezas islámicas se alojaron en el museo de Arte Islámico, edificio construido con anterioridad, que acoge gustosamente

el envío. Su situación dentro de esta gran ciudad: la plaza de Ahmed Maher Pacha, aunque con anterioridad estuvo ubicado en Bab el-Khalk.

Actualmente el museo de Arte Faraónico se encuentra subvencionado por el estado, formando parte del Ministerio de Cultura, del que a su vez depende el Servicio de Antigüedades.

Gran número de conservadores y directores ha tenido el museo tras Maspero. Entre ellos cabe destacar: Lefebvre, Engelbach, Mahmoud Hamza, Abbas Bayoumi, Moharram Kamal, Maurice Raphael, Mohamed Hassan Abdul Rahman, M. H. el-Achirie, Mokhsem, Nowawi y finalmente el actual director Mohamed Saleh.

El museo ha sido dividido en una serie de secciones, las cuales controla y supervisa un conservador-jefe, asistido por cierto número de colegas que se ocupan de los distintos departamentos.

Dado a la superabundancia de objetos, en algún momento podemos sentirnos abrumados ante la deficiente iluminación y el reducido espacio que nos queda para observar cómodamente el numeroso legado faraónico que guardan sus salas.

Ocasionalmente podemos encontrarnos desorientados, ya que las piezas pueden cambiar de lugar rompiendo ese recorrido cronológico que nos recomiendan las guías turísticas y ofreciéndonos la sensación de creernos más que un museo, en un grandioso almacén.

Dividido en dos plantas, consta de una red de corredores, galerías y salas que rodean un enorme atrio central. Básicamente en los corredores y galerías podremos encontrar la estatuaria, mientras en las salas objetos mobiliarios.

Acoge algunas interesantísimas colecciones particulares, entre las que cabe destacar las de Tell el-Amarna, Tutankhamon, jo-

yas, monedas, momias, ajuar funerario de Yuya y Tuya, Sheshonq, etc., que se exponen como objetos independientes.

No podemos olvidarnos de la extensa y valiosísima biblioteca situada junto a la entrada, en la parte izquierda, próxima al pórtico exterior.

La primera guía del museo fue elaborada por Mariette para el primitivo de Boulak y revisada por Maspero en el año 1883. Desde entonces y con motivo de que cada año recibe una ingente cantidad de piezas, dicha guía, ha de ser revisada, ampliada y actualizada por el Servicio del museo, que con la ayuda de eminentes egiptólogos de varios países, desde 1902 se edita con el título de Catalogue general du Musée du Caire (C.G.C.) de manera continua, publicándose para mayor facilidad en inglés, francés y árabe.

Transcurridos cien años desde las andanzas de Mariette y Maspero la ciencia egipológica interesa cada vez más al pueblo egipcio, que ha creado escuelas para adquirir dichos conocimientos y de forma inteligente se ha volcado en estudiar y controlar hasta el más mínimo descubrimiento en los yacimientos donde se encuentran las misiones extranjeras o nativas, nombrando para tal fin, un inspector que, por parte del estamento estatal correspondiente, vigila el buen funcionamiento y el cumplimiento de las leyes vigentes.

Hoy en día y dado que el número de piezas excede de la capacidad del edificio, se pretende levantar en la isla de Gezira un nuevo museo Nacional de la Cultura Egipcia en El Cairo, que contenga de manera digna y espaciosa los innumerables tesoros, alojados en los almacenes, que por sí solos constituyen una colección tan valiosa como la ahora expuesta en las salas del actual museo.

Con el fin de recaudar fondos que sirvan para esta nueva construcción, la Organización de Antigüedades Egipcias junto con la Staatliche Sammlung Ägyptischer Kunst de Munich se pusieron en contacto para la organización de una exposición mundial, que

constaría de 96 piezas escogidas y que, con el nombre de «Nofret, la bella», recorrió lugares tan importantes como: Munich, Berlín, Hildesheim, Bruselas, Barcelona, Madrid, Ginebra, Colonia y finalmente Turín. Acompañada de unas impresionantes medidas de seguridad y unos exponentes de la civilización faraónica que podría calificarse como la muestra más extensa e importante desde la exposición en París de las joyas de Tutankhamon en 1967.

El nuevo edificio contará con los adelantos científicos más novedosos en museología y el más moderno criterio expositivo, que posiblemente rebasará con mucho, las instalaciones de el Louvre, el British Museum o el Metropolitan de Nueva York.

Mientras tanto, continuaremos paseando por los corredores y salas del actual museo, sorteando piezas y avisando nuestros ojos, en espera de que quizá al año próximo haya sido trasladado, con la fortuna, que estamos seguros, el pueblo egipcio empleara en tal tarea. Pero en cualquier caso, en los jardines donde descansa Mariette a la sombra de aquello que tanto amó, seguirá de forma imperiosa, la algarabía de tráfico y claxon que, insistentemente, interrumpirá el silencio en medio del caos impresionante que impera en la céntrica plaza de El-Tahrir.

Elisa Castel Ronda

